

5 DE JUNIO

¡Madrugada sin dormir!

Es muy avanzada la madrugada pero en el campamento no todos duermen. Sonia inquieta se mueve en la litera. Da vueltas hacia uno y otro lado sin cesar. Mayda, en la litera de al lado, más dormida que despierta le pregunta a la amiga.

—¿Qué pasa? ¿Tienes pesadillas?

—¿Pesadillas? Si no me he podido dormir... —responde Sonia—. Estoy... tan... tan preocupada y tan nerviosa.

La muchacha a punto de llorar, no puede contenerse más. Mira angustiada a Mayda que adormilada aún le pregunta.

—¿Te sientes mal? ¿Te traigo agua?

—Baja la voz. No es por mí, no tengo nada. Solo estoy un poco agitada pero no es asma ahora. Es por Isel, por Dayma... por los muchachos del equipo.

Mayda inmediatamente se pone en pie de un salto y ya despierta del todo, palpa las camas superiores de las literas de ella y de Sonia. Sorprendida e inquieta observa cómo se desmoronan en cada una los bultos de ropa que dejaron Isel y Dayma para que pareciera que ellas dormían. Asustada Mayda, sacude a Sonia.

—Dime, Sonia, ¿dónde están Isel y mi hermana? ¿Por qué estás tan nerviosa?

—Mayda, no me aprietes. Habla bajito. Despertarás a todo el mundo. No... no puedo decirte nada.

—Somos amigas. Me tienes que decir qué está pasando.

Esforzándose por mantener la calma, Mayda mira fijamente a la amiga y agrega bajando la voz:

—Habla ahora mismo, Sonia, o te juro que armaré una gritería que voy a despertar a todo el campamento.

No muy lejos de allí, en la Estación Ecológica, Miguel y parte de los especialistas de la estación permanecen despiertos en

la instalación. De vez en vez miran hacia sus equipos de comunicación, como si esperaran escuchar algo en ellos. Afuera de la estación, contra la oscura noche, cientos de lucecitas en el aire delatan el ir y venir de los cocuyos. El concierto de los grillos, el vuelo de los murciélagos y alguna que otra lechuza son los únicos sonidos que interrumpen el silencio.

—Estamos en menguante y presiento que esta noche será definitiva —comenta Miguel.

Tito, apartado del grupo, ensimismado, mira en dirección al campamento. En su interior mantiene una batalla con sus propios pensamientos: “No debo ponerme así... estoy en mi trabajo. Claro que... ella tiene que estar allá... y responder por el suyo. Ese Rodolfo... ese también anda ahí haciéndose el héroe. Él... cerquita de mi mulata y yo aquí lejos”.

¡Tremenda complicación!

Mayda, sin hacer ruido, logra despertar a la profesora Silvia; en voz baja y con prisa le cuenta lo que a su vez escuchó de Sonia. La profesora preocupada por el peligro que puedan correr los jóvenes, de inmediato va al albergue de los varones. Mayda y Sonia permanecen esperando afuera.

Silvia despierta a Ernesto y le explica a toda prisa lo que ha ocurrido. Ambos profesores, linterna en mano, se dirigen a las literas de los muchachos y comprueban que está vacía la de Arnaldo y además, tampoco están Ian y Daniel.

—No hay alternativa, debemos avisar a la guardia en el campamento —dice Ernesto preocupado y agrega—: No comprendo, son tan disciplinados... precisamente ellos.

—No perdamos tiempo. Pueden estar en peligro. No sé lo que pretenden hacer ellos solos —comenta Silvia—. Vamos, están de guardia Rodolfo y Lucía.

Los profesores presurosos entran en la dirección del campamento, seguidas de cerca por Mayda y Sonia. Sorprendida al verlos a los cuatro, Lucía mira el reloj donde advierte que las agujas están marcando la una de la madrugada.

Minutos después de escucharlos, Rodolfo, el director del campamento, se muestra inquieto. Reflexiona unos segundos rascando su barbilla y sin pensar más se dispone a dar el aviso a las autoridades.

—Deben saber que los muchachos están en el bosque. Primero avisaré a Carlos. Puede ser fatal si los confunden. ¡Tremenda complicación!

Rodolfo escudriña el bosque con una penetrante mirada sin dejar de accionar su equipo insistentemente.

Distante del campamento, entre la vegetación, se escucha en el tronky junto a la hojarasca una voz que llama sin recibir respuesta.

—*Colmena para Cedro. Colmena para Cedro. ¡Cuidado! Pinos nuevos en bosque ¡Cuidado! Cambio... Colmena para Cedro. Colmena para Cedro. ¡Cuidado! Pinos nuevos en bosque ¡Cuidado! ¡Cambio!*

De exploradores a detectives

Lobo muy inquieto intenta irse, gruñe por lo bajo y muestra los afilados colmillos.

—Arnaldo, aguanta al perro, no sabemos qué es esa luz alumbrando al suelo.

Atentamente, los dos jóvenes observan las sombras que se alejan. Sienten el ruido del motor marchándose. Lobo logra escapar de las manos de Arnaldo y se desprende a correr persiguiendo el vehículo. El animal, a la velocidad que le permiten sus cuatro patas, corre detrás de él. En la primera curva, dando un espectacular salto, Lobo sube a la cama del camión. El perro se asoma y mira a su dueño, quien también corre detrás del transporte en marcha, en un esfuerzo por alcanzarlo.

Con grandes zancadas el joven logra acercarse al vehículo, cuando disminuye la velocidad en una peligrosa curva. Con sus largos y fuertes brazos Arnaldo se sujeta a la cama del camión, mientras su cuerpo es bamboleado de un extremo al otro por las curvas de la subida en una empinada loma.

Arnaldo se esfuerza desesperadamente por no caer. Él, tan alto, no puede impedir que los pies se arrastren contra el suelo, casi sacan chispas sus tenis contra el polvo del camino. A la vez el joven lucha por mantenerse oculto tras la estructura del vehículo para no ser visto desde la cabina.

Ian en un tremendo esfuerzo logra alcanzar también la baranda del camión. Ahora, Ian está en igual situación que su amigo. Ambos cuelgan, se golpean y son arrastrados con los saltos del vehículo. Los muchachos batallan por no caer bajo las gomas y

a la vez por mantenerse ocultos. Ahora la oscuridad de la noche resulta la mejor aliada de los jóvenes.

Arnaldo en un supremo esfuerzo sube y una vez arriba se sujeta con una mano y con cuidado extiende la otra mano a Ian. Finalmente ambos están junto a Lobo. Arnaldo acaricia a su perro y le presiona el hocico, mientras en la oreja le susurra:

—Callado, Lobo, callado.

Ambos permanecen callados por unos segundos. Arnaldo de pronto, como si pensara en voz alta masculla:

—Confío, que a Isel y Dayma no les pase nada. ¿Te diste cuenta? Estuvieron siguiéndonos a escondidas.

—Sí, las vi cuando me sujetaba al camión. Seguro escucharon algo cuando conversamos —le responde Ian—. Pero no te preocupes, no son tontas y saben cuidarse.

Los dos jóvenes y Lobo apenas tienen espacio. Deben acurrucarse en la esquina del camión. Detrás de ellos hay un enorme bulto cubierto por una gruesa tela.

—Vamos a ver qué hay debajo de esa lona. Debe ser la causa de todo —murmura Arnaldo haciéndole un gesto a Ian.

Ambos se mueven sigilosamente dispuestos a destapar la lona, cuando Lobo, inquieto, comienza a tirar de la camisa de Arnaldo. El perro se ha puesto sobre sus dos patas traseras contra el borde de la cama del camión, gruñe por lo bajo alternando la cabeza hacia el camino y hacia los dos amigos. Arnaldo se voltea tratando de comprender la actitud de su mascota. Sorprendido hace una seña a Ian para que se asome y vea.

—¡Nooo!, es Daniel. También vino. Si lo descubren estamos fritos —exclama Ian en voz baja.

Arnaldo observa a Daniel. Este, sobre la patineta y sujeto al vehículo, va dando tumbos por el accidentado sendero, se advierte que el muchacho está haciendo esfuerzos para no soltarse de la parte trasera del transporte y a la vez mantenerse sobre la patineta Arnaldo le indica con un gesto a Ian, que se acerque, mientras cuidadosamente él se arrodilla y se inclina sobre la cama del camión y le dice al amigo en voz muy baja: —Ven, ayúdame a subirlo en la próxima curva. Con cuidado. Vamos loma arriba y a los lados las cunetas están cada vez más peligrosas.

Atrás en el bosque, sofocadas y sudorosas, quedaron Isel y Dayma. La oscuridad las envuelve. Isel, desesperadamente registra

con la mano en su mochila intentando encontrar la linterna. Dayma, nerviosa y asustada, no puede contenerse e increpa a la amiga:

—¿Lo ves? Gracias a tu genial idea estamos en este lío. No encuentro mi celular. Creo que lo perdí con la carrera. Estamos solas en este bosque. Ni siquiera veo mis manos, no distingo ni dónde estamos paradas.

Isel en ese preciso instante encuentra la linterna en su mochila.

—¡Eureka! Estamos salvadas —dice Isel orientando el haz de luz hacia la voz de su amiga

De pronto ambas gritan, se abrazan sorprendidas y asustadas por una extraña voz que escuchan, no muy lejos; parece salir a sus espaldas y de entre las hojas secas del suelo:

—*Colmena para Cedro. Colmena para Cedro. ¡Cuidado! Pinos nuevos en bosque! ¡Cuidado! Cambio... Colmena para Cedro. Colmena para Cedro. ¡Cuidado! Pinos nuevos en bosque ¡Cuidado! Cambio.*

Isel le hace señas a Dayma para que no haga ruidos. Alumbra hacia el lugar de donde proviene la voz. Tomando de la mano a Dayma le susurra:

—Recuerda lo que dijo Carlos, hay que saber controlar el miedo para tener la cabeza fría... Mira, un bulto en el suelo... de ahí viene la voz. Vamos allí.

Dayma sacude la mano. Casi tartamudeando y apenas en un murmullo, le dice a Isel:

—Ahora sí te arrebataste... Y si es la anaconda esperando enroscarnos, molernos los huesos y tragarnos... o es el asesino... o el ovni con los extraterrestres.

—OK, OK, yo iré y me llevo la linterna. Tú quédate sola aquí, en la oscuridad... —le dice Isel y sonríe para sí con picardía.

Dayma, sin titubear ni un segundo, corre tras la luz de la linterna y se agarra fuertemente de la mano de su amiga. Ambas avanzan hacia el sitio de donde provenía la voz.

—¡Mira, es Carlos, el jefe de los guardabosques! —dice Isel sorprendida.

—¿Está... muueerto? —pregunta Dayma.

Isel se agacha, pone sus dedos índice y del medio sobre el costado del cuello del hombre y espera unos segundos en silencio.

—Así hacen en las películas. ¿Sientes algo? —Dayma pregunta temerosa.

—Siento latidos... Está desmayado, pero vivo. Debe estar herido, aunque... no veo sangre...

Isel alumbraba entre las hojas y encuentra el tronco. Intenta accionarlo. Se escucha un ruido extraño.

—No sé cómo funciona esto, seguiré intentando —dice Isel y de nuevo acciona el equipo—: *Dos Pinos nuevos para Colmena. Ayuden, Cedro está herido. Cambio.*

Isel se sorprende cuando, en breve, del otro lado le responden: —*Colmena para Dos Pinos nuevos. Dónde están para mandar ayuda. Cambio.*

Las dos muchachas se miran en la penumbra sin saber qué responder.

—Con esta oscuridad, ni líquenes, ni hormigueros, ni yo me veo... —murmura Dayma.

—¿Dónde estamos? —pregunta Isel.

Mientras tanto, distante de donde se encuentran Isel y Dayma, el camión asciende acercándose a otro de los bosques de la Reserva. En el preciso instante en que Ian y Arnaldo se proponen subir a Daniel al camión, la velocidad de este comienza a disminuir y el vehículo se detiene. Daniel de prisa recoge su patineta y corre a ocultarse entre la vegetación a la derecha del vehículo.

Ian y Arnaldo se miran sin saber qué hacer. Por instinto, Lobo salta y abandona el camión corriendo hacia el lado izquierdo del bosque. Arnaldo se deja caer al suelo. Sigilosamente le hace una seña a Daniel para que con cuidado se les una y ambos siguen a su mascota. Ian, asustado pero sin alternativas, apenas tiene tiempo para esconderse bajo la lona. Una vez oculto con el toldo, Ian siente que roza con varios objetos duros, cilíndricos, tan largos como la cama del camión. Presiona una tecla en su celular, observa y toma varias fotos debajo de la dura tela.

—¡De eso se trata! Ahora comprendo... Como ellos son dos, a veces los arrastran dentro del bosque.

En el campamento, Silvia y Ernesto, angustiados observan a Rodolfo y a Lucía. Luego los cuatro, como si estuvieran de acuerdo dirigen sus miradas hacia las dos muchachitas. De pronto se escucha, rompiendo el silencio, una voz juvenil y femenina que proviene del equipo de comunicación:

—*Dos Pinos nuevos para Colmena. ¡Ayuden! ¡Cedro está herido! Cambio.*

—¡Esa es Isel! —exclama Sonia.

—No dice nada de mi hermanita, ¿le habrá pasado algo? —Mayda, nerviosa se muerde las uñas.

—Los muchachos no están con ellas —exclama Sonia comenzando a agitarse, a punto de un ataque de asma. De prisa extrae el inhalador de su bolsillo y se aplica el medicamento.

—Sí, era la voz de Isel —afirma la profesora Silvia—. Ella dijo: Dos Pinos Nuevos.

—¿Qué habrá pasado! —murmura Lucía mientras observa a Sonia y le pregunta—: ¿Tienes asma?

La joven con un gesto indica que no hay problemas.

—¡Carlos! ¿Herido? Dos Pinos nuevos. Es creativa y lista —dice Rodolfo sin cambiar la expresión de preocupación en su rostro y sin pensarlo más acciona el tronky—: *Colmena para Dos Pinos nuevos. Dónde están para mandar ayuda. Cambio.*

El silencio por respuesta los angustia a todos más aún.

—Entre las sombras del bosque... las muchachitas no saben dónde están —masculla Lucía por lo bajo.

—Y parece que los muchachos no están con ellas —dice Ernesto como si pensara en voz alta.

Mayda, dando unos pasos hacia delante, muy tímidamente se atreve a comentar.

—Mi papá le dio hace tiempo un celular a mi hermana para comunicarse con nosotras... Ian y Arnaldo también tienen celulares y... Rodolfo preocupado la interrumpe.

—No, no, si suena un celular ahora... puede ser fatal para ellos. Lo oyeron, Carlos está herido. Ustedes no tienen toda la información pero... la situación es complicada.

—No, director, llamarlos no —interrumpe Mayda—, en la televisión y las novelas que leo localizan a las personas por algo que tienen los celulares. Si es por los números... ¿Se los digo ya? Por favor, avise a los que puedan encontrar a mi hermana y a mis amigos —termina sollozando Mayda.

Rodolfo y Lucía intercambian miradas. Rodolfo nuevamente acciona el tronky.

—*Colmena para Gavilán. Colmena para Gavilán. Cambio.*

—Rodolfo, estás llamando ¿a Gavilán? —pregunta Lucía sorprendida.

En un oscuro lugar, lejos del campamento y de donde se encuentran Isel y Dayma, dos hombres descienden de la cabina del camión. Se ven sudorosos y sofocados.

—Espera, escuché un ruido extraño, detrás en el camión —el hombre corpulento y de menor edad sujeta por el brazo al más viejo de gruesos bigotes.

—No oí nada. Estás sigilia´o por el susto con el tipo ese —responde el que parece mayor y agrega—: Tuvimos que salir echando de allí.

—Sí, debe ser eso. ¡Facilito que nos ha salido todo hasta ahora!

—comenta el más joven de los dos.

—Nadie había notado nada —el bigotudo sonriente le da palmadas en la espalda al joven—. ¡Vamos por más, aquí en la Loma del Mulo!

—¡Vamos! ¡Aquí sí están los que dan más *money*! Tú naciste aquí y conoces bien la zona —comenta el más joven de los dos.

—Sí, pero ya hace mucho tiempo que desde que me botaron del vivero ese, la lucho en la placa —dice socarronamente el mayor y bigotudo.

El hombre casi junto a Ian destapa una esquina del toldo. Al tacto, sin mirar bajo la lona agarra un objeto pesado y luego ambos se adentran en el bosque. Ian respira profundo y cuidando de no hacer ruido desciende del camión.

—Ya sé de qué se trata esta historia —le dice Ian a Arnaldo.

—También me lo imagino todo. Así, hoy aquí, luego allá... no fueron descubiertos al principio. Pero hoy van a caer —dice Arnaldo a Ian y luego agrega, mirando a Daniel también—: Ustedes no los pierdan de vista. Regreso enseguida.

Con cautela Arnaldo se aleja y retrocede hacia detrás de la cama del camión, mientras tanto los dos jóvenes se quedan donde están para observar a los intrusos. Lobo casi pegado al suelo como si entendiera que no deben descubrirlo, va junto a su dueño. Arnaldo, prepara un mensaje y lo envía desde su celular.

Lejos de Arnaldo y del campamento de exploradores, en medio de la oscuridad una canción estremece el silencio de la noche y hace que los grillos paren de chirriar.

—¡Oye! ¡Qué bueno que olvidé ponerlo en vibrador! ¡Nunca me ha alegrado tanto recibir un mensaje de madrugada —le grita Dayma a Isel—. ¡Ven alumbra aquí!

Las muchachas van hacia donde escucharon la estridente música. Buscan entre las hojas y ven el celular.

—¡Mira una araña peluda, justo al lado! —exclama Isel.
—¿Tenía ese artrópodo arácnido que estar aquí y ahora? —pregunta Dayma y enseguida comenta—: Me gustan las ciencias; pero no las arañas peludas.

El animalito temeroso por su vida y como si las entendiera, se aleja y se oculta entre las hojas caídas. Dayma recoge el celular y ambas leen el mensaje. De inmediato Isel acciona el tronky nuevamente.

—*Dos Pinos nuevos para Colmena. Dos Pinos nuevos para Colmena. Urgente. Tres Pinos nuevos Peligran con Intrusos en Loma del Mulo. Vayan allá. Cambio y fuera.*

En el campamento de exploradores Rodolfo acaba de confirmar la escucha del mensaje de Isel en el tronky.

—Vaya con la muchachita, así que Tres Pinos nuevos... —dice Rodolfo y agrega—: Lucía quédate aquí con ellos. Voy por los tres jóvenes que acabarán metidos en camisa de once varas.

Ernesto se adelanta y dice con firmeza:

—Voy con usted. Los muchachos también están bajo mi responsabilidad.

—Pero y mi hermana. ¿Quién la busca a ella y a Isel y al compañero guardabosques? —se apura a decir Mayda.

—Isel no dijo dónde están... ¿Cómo van a encontrarlas? —comenta Sonia tratando de controlar su respiración, mientras los ve alejarse. Silvia corre hacia Ernesto. Lo abraza y le dice:

—¡Por favor, cuídate, cuídalos y tráelos enteritos para acá!

Ernesto abraza a Silvia con fuerza, casi la estruja, la besa en los labios y se aleja.

Carlos lentamente comienza a abrir los ojos. Lleva las manos a la cabeza y palpa un enorme abultamiento en la parte posterior, encima de la nuca. Trata de incorporarse pero, un intenso vértigo lo tumba sobre el suelo nuevamente. Isel y Dayma acuden a ayudarlo. Entre atontado y sorprendido, el recio hombre mira a las muchachas como si se tratara de una alucinación.

—¡Ay, carijo! Me madrugaron y me dieron tan duro que hasta veo visiones —exclama Carlos mientras palpa su bolsillo izquierdo buscando el tronky. Con lentitud, la mano derecha enciende una pequeña linterna.

—No, no se asuste, somos nosotras de verdad. A ver, primero lo ayudamos y se queda un rato sentado —dice Isel mientras le alcanza el tronky.

Finalmente Carlos controla su equilibrio y se incorpora. Se siente más lúcido y comprueba la hora en su reloj.

—Me explican qué hacen aquí a estas horas... —dice mientras toma el tronky.

—Mire, ya Isel usó eso —explica tímidamente Dayma—; pero no pudimos decir dónde estamos.

—¡Que usaron esto! —disgustado interrumpe a Dayma—. ¿Qué hicieron? No es un juguete, muchachitas.

—Ahora le explico todo —se apresura a decir Isel y pregunta—: ¿La Loma del Mulo está muy lejos de aquí?

En la Loma del Mulo Ian y Daniel van tras los hombres y le hacen señas a Arnaldo, quien guardando su celular los alcanza junto con Lobo.

—No podemos permitirle que hagan más daño en la reserva —dice Arnaldo.

De pronto, sobre sus cabezas, interrumpiendo el silencio se escucha el ruido de un potente motor acercándose. El haz de luz del helicóptero pasa por encima de los dos hombres. Ambos muy asustados corren a esconderse.

—Y esto ¿qué rayos es? —dice asustado el más joven.

—¡Tenemos que huir o nos meten presos! —grita el viejo por respuesta.

Los muchachos entre las penumbras se miran.

—¡No vamos a dejar que escapen! —asegura Arnaldo.

—Para eso estamos aquí —afirma Daniel.

—¡Hagámoslo! —dice Ian.

Los tres chocan las palmas, luego los puños y dejan alzados el pulgar. Arnaldo observa en derredor y les dice:

—¡OK, este será el plan! Escuchen.

Operación Captura

En la estación ecológica los carros están listos esperando las instrucciones para partir. Miguel sale de la oficina conversando con Tito:

—Anoche Carlos me dijo que haría la guardia por el bosque de tecas. En aquella dirección —indica extendiendo el brazo—: Así que, Enrique y Juan José, salgan para allá y encuéntralo. Llénense al compañero de la posta médica de la estación. Con Car-

los están las dos muchachitas. Los compañeros guardabosques que patrullan esa zona también los están buscando. Si no, dan con él antes de media hora, avisen rápidamente para que Gavilán active la búsqueda del celular de la muchacha por el GPS. Miguel comprueba que están listos y se vira hacia Tito.

—Tú y yo vamos para la Loma del Mulo. Rodolfo salió para allá en su *jeep*, pero va solo con el profesor. Ya puse sobre aviso a las autoridades. Mandarán refuerzos. Saben también lo de los muchachos.

Miguel, seguido por Tito, monta en la moderna camioneta ganada con las investigaciones en proyectos con la UNESCO. Acciona el tronky.

—*Curujey para Gavilán, Curujey para Gavilán. Cambio.*

Un ruido extraño, como de interferencia, se escucha primero y luego:

—*Gavilán para Curujey. Gavilán para Curujey. Escucho. Cambio.*

—*Curujey para Gavilán, Curujey para Gavilán. Listos para intervenir en Operación Captura. Cuidado. Recuerden hay Pinos nuevos en el lugar. Vamos en camino. Cambio.*

—*Gavilán para Curujey, Gavilán para Curujey. Ya estamos sobre la zona. Comienza Operación Captura. Cambio y fuera.*

El helicóptero vuela sobre la Loma del Mulo. Los dos hombres se ocultan entre la vegetación. Muy cerca, los muchachos no los pierden de vista. Arnaldo acaricia a Lobo. Abraza la cabeza del animal, susurra en su oreja y le da una palmada suave en el lomo.

—¡Ahora, Lobo! ¡Que no escapen! —grita el joven.

Lobo se desprende a toda velocidad y con furia. Comienza a acosar a los dos hombres haciéndolos correr de un árbol a otro. Mientras, los tres muchachos encienden sus linternas y las mueven en círculos, dirigiendo las luces hacia el oscuro cielo nocturno. Cada haz de delgada luz se escurre entre las hojas del tupido bosque.

Nuevamente el helicóptero pasa sobre la Loma del Mulo. Esta vez se detiene en el aire. Unas luces llaman la atención del compañero que va al lado del piloto.

—Mira, allá abajo, deben ser los muchachos del campamento. Nos están haciendo señas con las linternas.

—Gavilán para Curujey, Gavilán para Curujey. ¡Pinos nuevos localizados! Cambio.

—Curujey para Gavilán, Curujey para Gavilán. Cambio. Pedimos Ubicación. Cambio.

—Gavilán para Curujey, Gavilán para Curujey. Estamos en zona este de la Loma del Mulo. Cambio y fuera.

—¡Claro, en el bosque de cedros! —exclama Tito mirando a Miguel con marcada intención.

—Vamos, tenemos que apurarnos, porque los bandidos también están ahí —exclama Miguel y agrega—: Coge el tronky y avísale a Rodolfo. Tenemos que llegar de inmediato. ¡Sujétate!

En el otro extremo del camino Rodolfo apaga el tronky, pone el jeep en la máxima velocidad y le dice a Ernesto:

—Sujétese, profesor, que tenemos poco tiempo para llegar allá. Usted oyó a Tito.

Del otro lado de la reserva, en el bosque de tecas, Carlos, todavía algo aturdido, ha estado escuchando a las dos jóvenes y se ha quedado boquiabierto:

—Vaya, sí que son atrevidas las dos. De los muchachos ni hablar. Conque avisaste y todo por el tronky a Rodolfo.

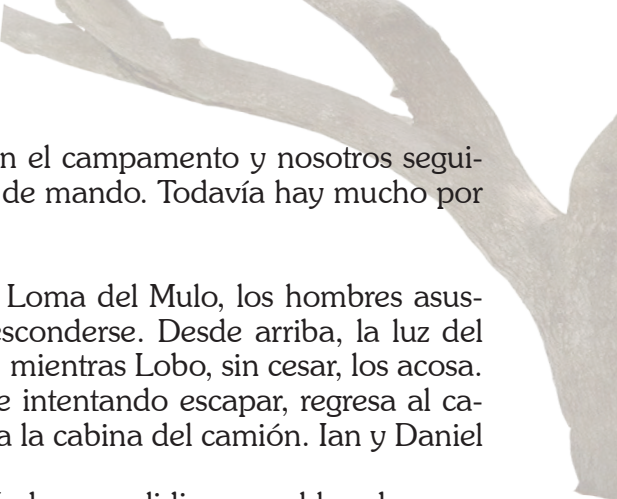
El hombre se palpa el lugar donde le dieron el golpe, crece por segundos el abultamiento en la cabeza. Luego continúa hablando:

—No dudo que tengan que asumir después una buena sacudida en el campamento.

Las muchachas se miran. Ambas se muestran disgustadas con las palabras de Carlos. Dayma iba a responderle, cuando linterna en mano se acercan dos guardabosques. En sus rostros se advierte la alegría de encontrar a Carlos y a las dos muchachas. Apenas con unos segundos de diferencia llega el carro de la Estación Ecológica con el paramédico, este revisa a Carlos y luego intercambia con las jóvenes por unos minutos.

Con lenguaje corporal el paramédico indica a todos que tanto las dos muchachas como Carlos están bien y todos pueden ser trasladados. Los guardabosques avisan al puesto de mando. Ambos guardias se despiden para continuar patrullando por las áreas boscosas de la reserva.

—Bueno, lo mejor es irnos de aquí para que descansen. Suban y vamos —dice Juan José ayudando a las muchachas y añade—:



Primero las dejo a las dos en el campamento y nosotros seguimos después para el puesto de mando. Todavía hay mucho por hacer.

En tanto, lejos de allí, en la Loma del Mulo, los hombres asustados no saben ya dónde esconderse. Desde arriba, la luz del helicóptero los tiene en foco, mientras Lobo, sin cesar, los acosa. El más joven, desesperado e intentando escapar, regresa al camino, está ya muy próximo a la cabina del camión. Ian y Daniel corren tras él.

Arnaldo se queda cerca de Lobo para lidiar con el hombre que parece mayor. Este, al ver al muchacho frente a él lleva la mano a la cintura donde esconde una pistola. Desde el camino se escucha el ruido de un vehículo que llega a gran velocidad.

—Están rodeados —dice el altavoz desde el helicóptero—. No hagan ningún disparate.

Ian y Daniel se lanzan al camino para impedir que el hombre llegue a la cabina del camión. El hombre más joven y corpulento se agacha y recoge del camino un pedazo de rama caída. Ian inmediatamente recoge otra y comienza a moverla como si fuera el sable de sus clases de esgrima. Ambos cruzan golpes. Ian ágil y diestro ataca continuamente. Daniel observa al amigo buscando la oportunidad para apoyarlo.

Por su parte, Arnaldo sale al claro del bosque y amaga al bigotudo. Desde atrás Lobo se lanza sobre el bandido. Lo muerde en la pierna. El hombre cae, retorcido de dolor por la mordida de Lobo. Arnaldo, aprovecha y se dispone a caerle encima. Es entonces cuando el bigotudo lleva la mano a su cintura justo en el momento en que a rapel desde el helicóptero, un hombre desciende. Un ruido atronador estremece el bosque.

—¡Alguien disparó! —dice Ernesto a Rodolfo, bajándose del jeep para ir hacia donde ven la luz del helicóptero.

Por el otro extremo del camino, apenas a unos metros de donde están ocurriendo los hechos, avanzan Miguel y Tito a toda velocidad.

—¡Eso fue un tiro! —le grita Tito a Miguel—. ¡Dale, apúrate!

En el bosque de la Loma del Mulo el hombre no puede evitar voltear el rostro al escuchar el disparo y es el momento en que Ian lo golpea con la rama en el hombro, dando la estocada

que acostumbra a hacer en sus combates de esgrima, solo que ahora ha sido con una fuerte rama.

El hombre se tambalea y es el momento que esperaba Daniel, quien se lanza desde atrás, golpeando también con su patineta contra la espalda del corpulento hombre. Este, aturdido, finalmente cae a lo largo sobre la hojarasca.

En tanto, a unos metros del sendero, dentro del bosque, el combatiente desciende por la cuerda, la suelta y se tira al suelo. Intenta separar al bigotudo que cruza golpes con Arnaldo. Lobo de inmediato ataca nuevamente. El bandido dispara. Lobo cae aullando de dolor. Arnaldo con furia se lanza sobre el hombre. El combatiente aprovechando que está centrado en defenderse de Arnaldo y de Lobo, viene desde atrás. Inmoviliza al bandido y lo desarma. Arnaldo corre junto a Lobo tendido en el suelo.

Al unísono, llegan Miguel y Tito por la derecha y Rodolfo y Ernesto desde el sendero izquierdo, en tanto el combatiente por el tronky habla con sus superiores.

—*Gavilán para Cumbre. Gavilán para Cumbre. Cambio.*

—*Cumbre para Gavilán. Cumbre para Gavilán. Escucho. Cambio.*

—*Gavilán para Cumbre. Concluida Operación Captura. Intrusos neutralizados. Procedemos. Cambio y fuera.*

—*Cumbre para Gavilán. Cumbre para Gavilán. Recibido. Procedan. Cambio y fuera.*

El paramédico, en cuanto llega, revisa a Lobo. Busca en su maletincito algunas medicinas y cura la herida del perro. Este ha permanecido quieto y lo deja hacer.

—Nada grave. Es solo un rasguño —le dice el joven tranquilizando a Arnaldo y sus amigos y añade enseguida—: En unos días, si acaso, apenas se le notará una simple marca en el costado.

El joven observa el hombro de Ian y la mano de Arnaldo. Luego cruza miradas con los jóvenes y les indica a ambos que se acerquen.

—Ustedes también deben curarse. Además, deben reactivarse la vacuna del tétanos los dos, ahora mismo. ¡Vengan acá!

—¿Inyectarnos? —exclaman a dúo Ian y Arnaldo.

Apenas quedan cuatro horas para ver salir el sol en la Sierra del Rosario. Los tres jóvenes llegan al campamento junto con Rodolfo y Ernesto. Arnaldo avanza atrás con Lobo, que camina lento. Hace rato, llenas de ansiedad, esperan por ellos y sin ir a dormir: Isel, Dayma y Mayda junto a Silvia, Sonia y Lucía. En el otro



carro también llegan Miguel, Carlos y Tito. Todos intercambian abrazos y besos.

Es evidente la fuerza y la emoción que ponen al abrazarse las parejas de Lucía y Tito, Ernesto y Silvia y Arnaldo e Isel. Las parejas se sonrojan al comprobar que las observan. Cada una se separa lentamente, luego sonríen al grupo.

—A descansar, que mañana les espera un agitado día. Todos están magullados pero enteros —dice Rodolfo y agrega con una grave entonación en la voz—: Violaron las reglas y disciplina del campamento, pero... descansen ahora... Mañana, quiero decir, dentro de unas horas, conversaremos sobre eso.

Arnaldo no puede contenerse y da un paso al frente:

—La reserva es muy grande; pero gracias a Lobo supimos, con su olfato, por donde andaban los bandidos. Lobo nos llevó desde el inicio a donde estaban talando árboles esta madrugada. Fue el primero en perseguir a los bandidos. Al subirse al camión, tuve que ir tras él y luego Ian y Daniel decidieron seguirme.

—Sería injusto que hicieran algo con nuestro equipo. Quién sabe cuándo iban a encontrar a Carlos, el pobre casi desnucado ahí... Si no es por nosotras no se enteran de nada —apunta Dayma.

—Y gracias a que Arnaldo, Ian y Daniel les cayeron detrás a esos bandidos y luego nos mandó Arnaldo el mensaje, pudimos avisarles porque... hasta aprendí a usar ese tarequímetro... así pudieron llegar donde estaban en la Loma del Mulo y los atraparón —insiste Isel.

Rodolfo sonríe y comenta:

—Fuiste muy creativa con lo de Dos Pinos nuevos y Tres Pinos nuevos. ¿Cómo se te ocurrió eso?

La joven queda unos minutos en silencio y luego responde:

—Leo mucho, veo películas, me gusta escribir... supuse que nosotros cinco éramos los Pinos nuevos. Pensé que Ian, Arnaldo y Daniel iban a necesitar ayuda, porque estarían en peligro, mientras Dayma y yo nos quedábamos con Carlos. Creímos que estaba herido.

Sin dejar que se pierda el hilo, ni los puntos de vista del equipo, en sus acciones durante esa madrugada, Ian toma la palabra.

—No olviden que fue por el plan de Arnaldo con Lobo y con las linternas, que el helicóptero descubrió a los bandidos y a nosotros en medio de la noche en ese oscuro bosque —aporta Ian.

—Sí, quizás habrían escapado y cortado los cedros de la Loma del Mulo —apunta Tito entusiasmado.

—Ian y Daniel también fueron importantes en capturar a los bandidos —afirma Arnaldo—. Remataron al más joven entre la esgrima con rama de Ian y el ataque con patineta de Daniel.

—Y Arnaldo y Lobo se enfrentaron al bigotudo. Hasta nuestra mascota salió herida, pero eso permitió que el combatiente neutralizara al de los bigotes —termina explicando Daniel.

—¿Qué me dicen de Sonia y Mayda? Nos pusieron en alerta de lo que estaba pasando —dice Lucía y sonríe.

Rodolfo, Lucía, Miguel, Tito y Carlos, después de escucharlos intercambian miradas serias. Silvia y Ernesto entrecruzan miradas y respiran profundamente.

—Bien, basta por ahora —dice Rodolfo—. Es el Día Mundial del Medio Ambiente y habrá mucha acción en la Reserva. ¡A descansar!

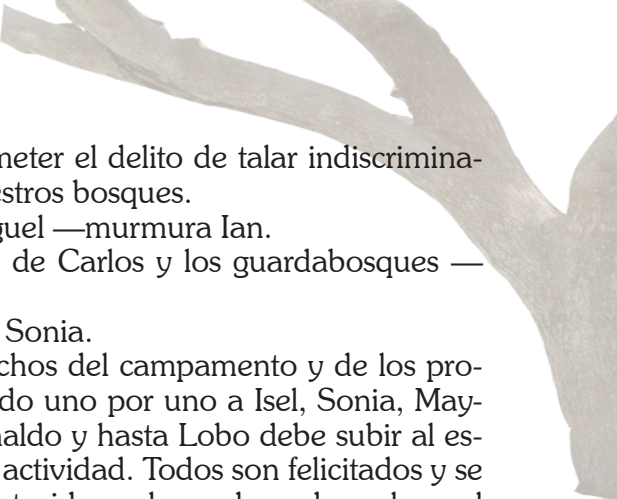
—No creo que el día sea más agitado de lo que ha sido la madrugada —le comenta Silvia a Ernesto.

¡Una despedida fenomenal!

Las actividades y emociones se suceden una detrás de otra. Se lucen los grupos de Educación Ambiental de las escuelas de la zona y hacen numerosas actividades las bases de campismo de El Taburete y La Caridad, además de las actividades que tenían programadas por el Campamento de Exploradores. Toda la comunidad de Las Terrazas sirve de escenario para disímiles actos a lo largo del día.

En la tarde llegó el momento de despedir a los jóvenes que han estado en el campamento durante la semana. A la vez se disponen a hacer las conclusiones del acto por el Día Mundial del Medio Ambiente. Están presentes personalidades, autoridades de la región y numerosos invitados. Maritza García, presidenta de la Agencia de Medio Ambiente del CITMA y del Comité MaB de Cuba, comunica que como culminación debe dar una información y un reconocimiento muy importante.

—Tengo la encomienda de entregar a nombre de las autoridades de Sierra del Rosario y del Comité MaB de Cuba, un reconocimiento especial para cada uno de los miembros de un equipo que ha desempeñado un rol decisivo en la captura de dos bandidos que incursionaban en los bosques de la reserva y que



veníamos siguiendo por cometer el delito de talar indiscriminadamente las especies de nuestros bosques.

—Debe ser el equipo de Miguel —murmura Ian.

—No pueden dejar fuera al de Carlos y los guardabosques —dice Daniel.

—¡Shhh!, dejen oír —indica Sonia.

Para sorpresa de los muchachos del campamento y de los propios implicados, van llamando uno por uno a Isel, Sonia, Mayda, Dayma, Daniel, Ian, Arnaldo y hasta Lobo debe subir al escenario improvisado para la actividad. Todos son felicitados y se cuenta públicamente lo acontecido en la madrugada y el papel que todos y cada uno desempeñaron en las acciones.

No obstante, Maritza deja claro que no debieron violar las reglas del campamento, porque pudo haber tenido otras consecuencias, aunque en este caso, todo salió bien y el saldo resultó aleccionador y beneficioso para todos, menos para los transgresores de la ley que irán tras las rejas por una larga temporada.

—Deja que le cuente a mi abuela! ¡Esto ha sido fenomenal!

—Sí, tenemos varias cosas que contar. ¿No es verdad? —dice Arnaldo con picardía y la besa, mientras Lobo echado junto a él se tapa los ojos con las patas.